



La Lidia

año

1887.

Ginone



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

## PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2,50  
 Provincias: trimestre. . . . . " 3

## REVISTA TAURINA.

## PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . " 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

## SUMARIO.

Advertencia.—Carta de la Habana, por Antonio G.<sup>o</sup> Rey.—Cuentas atrasadas, por D. Jerónimo.—¡¡Viva Córdoba!! por Fiacro Yráyoz.—Última hora.—Anuncio.

## ADVERTENCIA.

Siguiendo la costumbre que tenemos establecida, publicamos hoy el primer número extraordinario de LA LIDIA, inaugurando con este número, el sexto año de nuestra modesta publicación.

El martes próximo publicaremos otro, que será ordinario, y contendrá las reseñas de las corridas de inauguración y primera de abono.

## LA MUERTE DEL BARBI.

He aquí los detalles que nos ha suministrado desde la Habana la siguiente carta que nos dirige un aficionado a quien damos expresivas gracias por su atención:

Habana 25 Febrero 1887.

SR. DIRECTOR DE LA LIDIA.

Madrid.

MUY SR. MÍO Y DE MI MAYOR CONSIDERACIÓN:

Un triste suceso me obliga a dirigirme a V. para suministrarle un dato con el cual se cerrará desgraciadamente la biografía del banderillero que fué de la cuadrilla de Mazzantini, José Fernández (a) Barbi.

Durante su permanencia en esta, el diestro citado, observó un régimen de vida excesivamente metódica, y a ella quizás se deba en parte su fallecimiento.

Terminadas que eran sus comidas de mañana y tarde, se sentaba a jugar a la malilla, privándose del ejercicio indispensable en este cálido clima, que ayudara la digestión de aquellas.

El día 10 del corriente, los muchachos de la cuadrilla organizaron para su beneficio una corrida de toros, y como le sorprendiera al Barbi en los momentos de estar en una de las puertas recogiendo los billetes de entrada a la plaza, necesidad de hacer una de las más exigentes del cuerpo, se abstuvo de ella por no abandonar su puesto.

Terminado su cometido en las puertas, Fernández se tomó un vaso de agua fría, habiendo desaparecido con la gana la necesidad.

Al siguiente, día 11, empezó a declararse inflamación en el bajo vientre, y avisado que fué el facultativo señor Pardiñas, diagnosticó el mal de cólico miserere.

Desde el citado día 11, hasta las cinco de la mañana del día 21 en que acontenció su fallecimiento, la ciencia

médica se batió en sus trincheras, siendo derrotados los conocimientos humanos por la voluntad divina.

El entierro se verificó el día 22 a la hora que indica el adjunto anuncio mortuario, habiendo sido acompañado el cadáver por numerosos amigos del finado y de Luis Mazzantini, y una comisión de la Sociedad benéfica Vasco-Navarra en representación del último, que zarpó de este puerto para el de Vera-Cruz el día 20, a cumplir el compromiso de las tres corridas de toros escrituradas para la plaza de Puebla.

El sentimiento que acompañaba a Mazzantini y su gente, desde la mañana del indicado día 20, que se despidieron del Barbi, es indecible; baste consignar que las lágrimas empañaban sus ojos a cada momento.

Creo haber llenado un deber de aficionado, restándome solo ponerme a sus órdenes, afectísimo y S. S.

Q. B. S. M.

Antonio G.<sup>o</sup> Rey.

## CUENTAS ATRASADAS.

## I.

## OFENSAS PERSONALES.

Un hecho raro, extravagante, inaudito, nos ha ocurrido, durante los pocos meses del año en que LA LIDIA suspende siempre su publicación.

No nos hubiéramos ocupado de este enojoso asunto, sino fuera porque con él se pretende establecer una jurisprudencia absurda, contra la cual protestamos nosotros, como protestará toda persona sensata. He aquí lo ocurrido:

En el número de LA LIDIA correspondiente al día 8 de Noviembre de 1886, se publicó un artículo titulado *Un revolucionario*, en el cual juzgamos, en uso de nuestro perfecto derecho, un discurso pronunciado por Mazzantini en el banquete con que obsequiaron al famoso matador varios de sus admiradores y amigos en la fonda de Los Leones. Al día siguiente del en que el banquete se verificó, salió Mazzantini para la Habana.

Si nuestro artículo hizo ó no hizo efecto, no lo sabemos ni nos importa. El caso es que trascurrieron dos meses sin que llegara a nosotros la menor protesta; pero cuando habíamos ya olvidado el asunto, he aquí que de pronto, y como si una mano interesada hubiera tomado a su cargo resucitar la cuestión objeto de nuestro escrito, llega a nuestra redacción un violento artículo que, en contestación a *Un revolucionario*, escribía en *La Lucha*, periódico de la Habana, un señor que firmaba *Un mono sabio*.

Como este *Mono sabio* tiene para defender ciertos actos de Mazzantini el mismo derecho que nosotros para censurarlos, leímos el artículo, y contestado va en el lugar correspondiente.

Hasta aquí, nada de particular; lo extraordinario

viene ahora. No bien comenzaron las corridas de Mazzantini en la Habana, publicóse en Madrid una hoja taurina que salía a luz a la buena de Dios, sin día fijo, y lo que es más notable, *sin fecha*. Quien haya coleccionado esa hoja taurina, habrá tenido que manuscibir en sus números los días en que los compró; de otra suerte, le será imposible saber las fechas aproximadas.

Esa hoja era la glorificación de Mazzantini; pero no se contentó con eso, sino que un Señor, A. H., intervino en ella del siguiente modo: reprodujo en la hoja el artículo de *La Lucha*, acariciándolo, mimándolo, llenándolo de ternezas y haciéndolo suyo en todas sus partes; y no contento con esto, se irguió airado, se encaró con nosotros, y con la altivez y la autoridad de un feudatario, nos vino a decir lo siguiente:

— Sr. D. Jerónimo: en su artículo *Un revolucionario* ofende V. la dignidad personal del Sr. Mazzantini. Yo no debo, yo no puedo, y, en último caso, yo *no quiero* tolerarlo, porque me unen a Mazzantini vínculos de sacratísima amistad. Conque rectifique V. su juicio, ó ratifíquese V. en él, que en vista de lo que V. haga, hablaremos.

¿Qué había que oponer a tamaña intimación? Lo que opusimos nosotros: una rotunda negativa. Esto hicimos, y esto hubiera hecho cualquiera en nuestro caso. Escribimos al Sr. H. diciéndole que no teníamos nada que contestarle, y que con el Sr. Mazzantini, y sólo con el Sr. Mazzantini tendríamos que entendernos en un asunto, en el cual, negábamos toda intervención al Sr. H.

Con este motivo hubo artículos del Sr. H. en la hoja taurina, y cruzáronse entre él y nosotros varias cartas que dicha hoja ha publicado, ahorrándonos a nosotros una pesada molestia, por lo cual, damos al Sr. H. las más expresivas gracias.

Despojado el asunto de todas las reticencias caballerescas y de todas las alharacas con que lo ha matizado el Sr. H., reticencias y alharacas que, dicho sea de paso, no han llegado a rozarnos siquiera la epidermis, la sustancia es la siguiente: El Sr. H. nos ha intimado a que rectificáramos las ofensas personales que contra Mazzantini contenía según el Sr. H., nuestro artículo *Un revolucionario*, ó a que nos ratificáramos en ellas; y nosotros hemos contestado que ni lo uno, ni lo otro.

No sabemos dónde ha visto el Sr. H. sutilezas de ingenio para evadir una contestación categórica. Él nos ha dicho:—Rectifique V. ó ratifíquese usted. Y nosotros hemos contestado:—No queremos rectificar ni ratificarnos. ¿Dónde está aquí la evasiva?

Ello no ha sido óbice para que el Sr. H. cantara victoria y dijera que la cuestión quedaba resuelta para él, *satisfactoriamente muy satisfactoriamente (sic)*. Sea enhorabuena y agradézcamos el Sr. H. el completo triunfo que le hemos proporcionado.

Ya comprenderán los lectores que no hemos tomado la pluma para contarles solamente lo que antecede. La hemos tomado para algo más; la hemos tomado para poner término a una cuestión

que no ha debido suscitarse, porque no tiene razón de ser, y en la que nos vemos obligados á intervenir, bien á pesar nuestro.

Ante todo, ¿habrá necesidad de probar que el Sr. H. no tiene derecho alguno para intervenir en lo que no le atañe ni de cerca ni de lejos?

Nos han contado, y vaya tal como nos lo contaron, que en cierta ocasión, un eminente estadista publicó en un periódico de Madrid cierto artículo muy fuerte contra un célebre general de ejército.

Al día siguiente de publicado el escrito, un amigo íntimo del general, se presentó en el despacho del hombre político, y le dijo:

—¿Es V. el autor del artículo contra el general X.?

—Sí, señor.

—Pues en este caso, vengo á desafiar á V. para que se bata conmigo, porque en el artículo de usted, hay ofensas personales contra el general X., y yo no quiero tolerarlo.

—Permítame V. le diga que, en todo caso, al general X., y no á V., es á quien debo dar explicaciones si me las pide y á mí me parece conveniente dárseles.

—No, señor; yo soy íntimo amigo del general, y hago más las ofensas que V. le dirige.

Entonces el hombre político, sin inmutarse un punto, contestó:

—Está muy bien.

Y tiró de la campanilla. Presentóse al momento un criado, hombre de gran estatura, anchas espaldas y fornidos puños, dirigiéndose al cual, dijo el estadista:

—Mira, Toribio; entiéndete con este caballero.

—¿Se burla V.?—exclamó airado el amigo del general.

—Nada de eso—contestó tranquilamente el interpelado.—Este es un criado mío que me quiere entrañablemente y que hace suya la defensa mía, del mismo modo y con el mismo derecho con que V. hace suya la defensa del general X. Ahora están equilibrados los términos, con que entiéndanse ustedes los dos.

Claro es que la cuestión terminó allí y no tuvo consecuencias. No sé si el hecho es cierto, pero nunca en mejor ocasión pudo decirse *se non è vero è ben trovato*.

Y no insistimos en este punto concreto, porque repetimos que sería ofender el criterio de nuestros lectores demostrar que el Sr. H. no tiene ningún derecho, absolutamente ninguno, á exigir de un modo arrogante y autoritario rectificaciones y ratificaciones que no le importan.

Y además, ¿quién es el Sr. H. para decirnos que nuestro artículo contiene ofensas contra el Sr. Mazzantini? ¿Dónde están esas ofensas? En qué párrafo? En qué frase? ¿Cuál es ó cuáles son los conceptos que envuelven una ofensa personal inferida á D. Luis Mazzantini? El Sr. H. no ha tenido la dignación de decirnoslo, cuando era, en realidad, lo primero que debía habernos dicho. ¿Pero cómo era esto posible, si nuestro artículo no contiene ni una sola ofensa personal?

Como tenemos hace muchos años la costumbre de discutir siempre de buena fe, razonando bien ó mal nuestras opiniones (y á esto, y á nada más que á esto atribuímos el inmerecido favor que el público nos dispensa), vamos á hacer árbitros á nuestros lectores, de esta enojosa cuestión, reproduciendo íntegro el artículo objeto del debate:

Helo aquí:

## UN REVOLUCIONARIO!

### I.

Tranquilícense los lectores de LA LIDIA; no se trata de ningún revolucionario político de los que tratan de amputar cualquiera de las extremidades de nuestro enteco cuerpo social.

No se trata de nihilistas; no se trata de petardos más ó menos explosivos.

La nitroglicerina no entra para nada en el asunto que vamos á examinar.

Se trata sencillamente de un Manzini inofensivo; de un agitador de ópera cómica; de un desquiciado (*détraqué*, como diría Zola), que se hace por lo visto, ciertas ilusiones que las personas sensatas tienen el deber de echar por tierra.

Se trata, por decirlo de una vez, del famoso matador de toros D. Luis Mazzantini y Eguía, natural de Elgoibar, provincia de Guipúzcoa.

Repuestos de la punzante emoción que experimentamos al dar cuenta de la despedida del célebre diestro, en nuestro número anterior, volvemos hoy á la carga, para ocuparnos del elocuente discurso que pronunció D. Luis, en la fonda de los Leones de Oro.

Prometimos hacernos cargo de las frases del flamante orador, y vamos á cumplir nuestra promesa.

Se anunció primeramente que algún periódico publicaría íntegro el discurso de Mazzantini.

Palabra de honor que hemos buscado con avidez el afortunado eco de la opinión al cual se hubiese dispensado tan disparatada honra.

Nuestras pesquisas han sido estériles. Nada; no hemos dado con el afortunado colega.

Tenemos, pues, que contentarnos con los sustanciales extractos que *Sentimientos* ha dado á conocer en *El Imparcial*. Y allá van.

Preludio.

—Señores... ó mejor dicho, amigos. Cumpló un grato deber al manifestarles mi reconocimiento por esta muestra de deferencia.

„Pocas veces he disfrutado en mi vida tan grande satisfacción como en estos momentos, porque entre vosotros, entre mis amigos, veo representadas todas las clases sociales: al hombre de ciencia, al literato, al artista, al jornalero.“

La ciencia, la literatura, el arte y el trabajo, rindiendo pleito homenaje al volapié! Faltaba el clero, sin duda, pero el clero asistió á la postrera despedida y bendijo á las cuadrillas en la estación.

Varias omisiones notamos, sin embargo; las de la alta banca, la agricultura, la industria y el comercio.

Oh, tempora, oh, mores! Cuán lejos estamos de aquellos tiempos en que Juan León, lleno de ira al ver el escándalo que armaban los periódicos, con las biografías de Montes y el Chiclanero, decía con noble entereza:

—Yo no toreo en papeles!

Y cuán cerca estamos de aquellos otros tiempos en que un famoso picador de toros, interrogado acerca de sus opiniones sobre el toreo moderno, decía amargamente:

—Dezengañenze ostes; ende que los toreros toman chocolate, el arte está perdido!

### II.

Un torero rodeado de todas las clases sociales; un torero comiendo trufas y bebiendo Champagne con el hombre de ciencia, con el literato, con el artista y con el jornalero, no podía mostrarse á la altura de la concurrencia, sino diciendo algo extraordinario, algo trascendental, que dejara con la boca abierta á todos los comensales.

Y así sucedió. D. Luis se remontó á las esferas en que sólo se libran de la axísis las águilas y los condores, y emitió estos asombrosos conceptos: dijo que „le satisfacía haber iniciado una revolución en las costumbres de los toreros, demostrando á los que ridiculizan y censuran la fiesta nacional y la manera de ser de los que á tal ejercicio se dedican, que el torero es un ciudadano digno, que no están reñidas la cultura y la buena educación con el arte del toreo, que así puede vestir el traje corto, como el frac ó levita.“

He aquí el revolucionario!

Observen ustedes que el hombre no se para en barras. Los que ridiculizan y censuran la fiesta nacional han estimado, por lo visto, que el torero es un ciudadano indigno, un ser inculto y mal educado, porque viste chaqueta y lleva sombrero calañé, ó pavero de anchas alas.

Peró viene D. Luis, se pone la gabina, endosa un frac, preside funciones teatrales, habla italiano y francés, pronuncia discursos, se dedica, en una palabra, á fantasías de tocado, de idiomas y de oratoria, y ya tenemos al torero convertido en un ciudadano digno, en un *petit Castelar*, ante el cual la sociedad se inclina respetuosa, batiendo palmas, y elevándole á un nivel que no alcanzarán nunca Lagartijo ni Frascuelo.

Al llegar á este punto, tenemos que hablar muy en serio, porque nos duele á nosotros, amigos y admiradores sinceros de Mazzantini, verle en un camino peligrosísimo á cuyo final no habrá para el célebre diestro más que amargos desengaños.

Y á título de amigos y de admiradores, nos dirigimos á Luis y le enderezamos la siguiente jaculatoria:

—Sí, amigo Mazzantini; está V. en un error, en un crasísimo error, al hacerse ciertas ilusiones. Ha creído usted de buena fe que el hábito hace al monje; ha creído V. que la sociedad eleva el nivel del individuo, midiendo su valor por el del traje que viste, y es necesario que deseché V. esa creencia.

Cuando se llega á ser *alguién* en un arte como V. ha llegado á serlo en el arte de torear, la sociedad se preocupa muy poco del hábito exterior; es más, suele mirar con malos ojos ciertas intrusiones violentas que resultan siempre efímeras, como el barniz que las envuelve.

Si cree V. haber iniciado una revolución entre los toreros, porque V. viste la levita y el frac; si cree V. haber elevado por eso el nivel social de la gente de coleta, se equivoca V. de medio á medio.

Eso no es una revolución, sino una extravagancia que no cundirá. El toreo es una diversión popular, en la cual se admiran el valor, la temeridad, la agilidad y la ligereza del hombre.

Y el traje de los toreros, el pantalón ajustado, la airosa chaquetilla, el sombrero y la faja, son prendas de vestir que responden perfectamente á la profesión; son prendas que dan una idea anticipada del espectáculo, y revelan en los que las llevan las cualidades que los hacen dignos de admiración ante el público.

Es cuestión de estética. Así como el edificio debe dar idea del objeto á que está destinado, del mismo modo debe el torero dar idea de la profesión eminentemente popular que ejerce.

Pensar que porque vista V. como un gran señor, lo deba V. ser necesariamente, equivale á creer que D. Jerónimo, vestido con un traje de Rafael ó de Salvador, lidiaría toros como Lagartijo ó Frascuelo.

Que pueda V. llegar á ser un gran señor, líbrenos

Dios de ponerlo en duda; pero de ahí á convertir el asunto en regla general, hay una enorme diferencia.

Por nuestra parte, y aunque se ría V., valdría V. mucho más vestido de chaqueta y pavero, que con frac y sombrero de copa. Por qué?

Porque siendo V. persona de educación y de poco natural discernimiento dentro de la generalidad de los diestros, daría muestra de cordura y de conveniencia, realzando el modesto y airoso traje del torero, con la finura y los exquisitos modales del hombre culto y bien educado.

Fíjese V. bien en lo que ahora vamos á decirle. Si usted, vestido de *señorito*, habla italiano y francés y se expresa correctamente en castellano, cae V. de lleno en la masa común, porque hace V. lo que la exterioridad del hábito adjudica gratuitamente á los que visten trajes de sociedad. De modo que es V. uno de tantos, y nada más.

En cambio, si V., vestido como visten los toreros, se expresa con una pulcritud y una elegancia que los toreros no conocen, entonces se separa V. de la masa común y constituye V. una excepción notabilísima en el género.

En el primer caso, cae V., y en el segundo se eleva. Torero, es V. rey, y *señorito*, es V. vasallo. ¿Ve V. cómo ha cambiado V. los frenos al creer que V. elevaba el nivel social de los toreros, sentando plaza en el ejército de los *señoritos*?

### III.

No, amigo Mazzantini, no lo crea V. Déjese V. de la sociedad y váyase á buscar al público, que es el que da á V. sus aplausos y su dinero.

Al fin y á la postre, ese modesto traje que V. parece desdeñar, es el que le ha permitido endosar el frac y la levita, y aunque no fuera más que por eso, debería usted conservarlo.

Con el traje no ha armado V. ni armará ninguna revolución. Una revolución. ¿Puede V. armarla de otro modo; pero una gran revolución, una verdadera revolución que puede tener consecuencias considerables, y elevarle á V. mucho más alto de lo que hoy está! Sabe usted cuál? Recibir toros.

Reciba V. toros; ahí está la revolución. V. tiene extraordinarias facultades físicas y gran serenidad. Con esas condiciones, unidas á la juventud, lo cual forma un todo completo, no ha hecho V. hasta ahora más que una cosa: matar á volapié, suerte cuyas facilidades de ejecución aumentan de tal modo con las facultades de V., que á muchos aficionados les hace el efecto de ver trabajar á un gimnasta con red. No ven el peligro, y no ven, por tanto, la emoción.

Que no se derroche su carrera de V. en el volapié. Haga V. más, reciba V. toros; demuestre V. que lo que tiene V. de torero puede llegar á la meta del arte, consumando una suerte difícilísima, la más importante de todas, y para cuya ejecución ha dado á V. la naturaleza condiciones que no reúne ningún otro diestro.

Esa, esa es la revolución que V. debe armar. Y verá V. en torno suyo la admiración del público y el respeto de todos los toreros.

Y las entusiastas aclamaciones de todos los espectadores darán á V. un diploma social que en vano reclamará V. con el frac y el sombrero de copa.

En vez de ir V. á buscar la sociedad, eso que V. llama sociedad vendrá á buscarle á V. Y así realizará V. el triunfo admirable de Lagartijo y Frascuelo en estos últimos tiempos; así conseguirá V. que la sociedad venga á equilibrar los niveles, dando á lo menos del hombre, lo que el torero tenga de más.

Aunque vista V. blusa y calce alpargatas.

DON JERÓNIMO.

Así dice, al pie de la letra, nuestro escrito. Y ahora preguntamos al público: ¿Hay en ese artículo una frase, una frase sola que envuelva ofensa contra la personalidad de D. Luis Mazzantini y Eguía? Nosotros hemos juzgado actos del torero y no del hombre, porque como torero y no como particular se expresó Mazzantini en un banquete, cuyos detalles hizo públicos la prensa.

La razón es obvia. Cuando Mazzantini pretendió armar una revolución en las costumbres de los toreros, por vestir de un modo distinto á los toreros del día, ¿se expresaba acaso como particular? De ningún modo. Como particular, hay docientos mil particulares que visten como D. Luis; en tal caso hubiera sido ridículo suponer en él propósitos revolucionarios. El revolucionario era, pues, el torero, y la cuestión estaba fuera, absolutamente fuera del terreno privado.

Y no se nos objete, como lo ha hecho algún colega, que el torero empieza para la crítica cuando sale á la plaza el primer toro, y acaba cuando se arrastra el último. De ninguna manera; esto equivaldría á suponer que el diputado acaba en el Congreso y el autor dramático en el teatro. Y nadie sostendrá que un discurso político pronunciado en un banquete por Castelar, y un discurso pronunciado en otro banquete por Vico ó Calvo, en el cual se traten asuntos relacionados con el arte que ambos ejercen, no son del dominio de la crítica.

Esta tiene derecho á inmiscuirse en todos los actos de las entidades públicas, siempre que esas entidades se muevan en el terreno de la entidad, sea donde sea, y siempre que la prensa haga públicos sus actos. Y precisamente los banquetes son en el

día el pretexto obligado, no habrá quien lo niegue, para la exhibición de doctrinas.

Examiné el carácter del banquete con que obsequiarán á Mazzantini sus admiradores y amigos, examiné el carácter del discurso que D. Luis pronunció, y dígasenos si realizó allí un acto de vida privada, ó si lo que llevó á cabo fué un acto que caía de lleno en el terreno de la crítica. ¿Habló allí el caballero particular D. Luis Mazzantini y Eguía, ó habló el matador de toros y el torero Mazzantini? Conteste el público.

Por más que la cosa no admite duda alguna, en nuestro concepto, hemos querido, sin embargo, tener la conciencia completamente tranquila, y al efecto, nos hemos dirigido á amigos particulares de Mazzantini, preguntándoles si nuestro artículo contiene alguna ofensa personal. Hemos consultado á muchos, y á alguno tan respetable y respetado, que Mazzantini mismo no recusaría su testimonio.

Pues bien; la contestación ha sido unánime: todos han declarado que nuestro artículo NO contiene ninguna ofensa personal.

A pesar de esto, no nos basta; tenemos tal empeño en terminar de un modo definitivo la cuestión, que vamos á hacerlo en términos de que no quede de ella la menor sombra.

Mazzantini se halla ya en Madrid. Ahí tiene nuestro artículo; léalo, y si encuentra alguna frase, alguna palabra, una sílaba tan solo que pueda molestarle como particular, no tiene sino decirnos dónde está esa frase, esa palabra ó esa sílaba, para que nosotros la retiremos en el acto.

Como la personalidad de Mazzantini nos es de todo en todo indiferente, como nos lo son las personalidades de todos los toreros, siempre que juzguemos actos que se refieren á la profesión; y no habiendo existido en nosotros ni la más remota idea de zaherir á Mazzantini en su vida privada, en la cual nos guardaremos muy bien de entrar ahora y siempre, claro es que cualquier rectificación que Mazzantini recabara de nosotros, constituiría para nosotros, no una molestia, sino una verdadera satisfacción.

Ya lo sabe, pues, el Sr. Mazzantini. LA LIDIA está á su disposición para el objeto precitado. A Mazzantini contestaremos con el mayor gusto; al Sr. H., no; ni ahora, ni nunca, por la sencillísima razón de que concedemos á Mazzantini el derecho de pedir lo que el Sr. H. ha pretendido exigir de nosotros, sin derecho alguno.

Queda, pues, terminado este enojoso incidente, y con la venia de nuestros lectores, vamos á cambiar de tono y de modo, para contestar al endemoniado *Mono sabio* que desde la Habana nos ha levantado toda esta polvareda.

## II.

### Á UN «LAVATIVA» CUBANO.

Ven acá, *Lavativa* de todos los demonios; ven acá y escúchame.

Debo, ante todo, explicarte: 1.º, por qué te llamo *Lavativa*, y 2.º, por qué te tuteo.

Te llamo *Lavativa*, porque firmas tu artículo con el seudónimo *Un mono sabio*, y, entre los monos sabios que actúan en la Plaza de Madrid, el más distinguido, el más eminente y el más popular, responde al puntiagudo mote de *Lavativa*. De modo que, al llamarte *Lavativa*, te hago un desatinado honor.

Te tuteo porque aquí, en Madrid, hay la costumbre de tutear á los monos sabios, sin que éstos se ofendan nunca. Será, si quieres, una mala costumbre, pero ya sabes que la costumbre se convierte fácilmente en ley, y ante ella, tenemos que bajar la cabeza todos.

¿Estás satisfecho con estas explicaciones? Espero que no las echarás á mala parte y que me leerás con calma, como corresponde á un *Lavativa* literato que actúa de saltarín en el cuarto bajo de un periódico habanero. No te ofendas por lo de saltarín; te advierto que la mayor parte de los toreros llama saltarines á los monos sabios.

Y después de este breve preámbulo, entro en materia.

Léí, á su debido tiempo, las ocho columnas de folletín que me dedicaste en el número 290 de *La Lucha*, de la Habana, correspondiente al día 16 de Diciembre de 1886. El periódico vino á mis manos con una faja á mi nombre. Si me lo mandaste tú, Dios te lo pague, y si me lo mandó algún otro, ó tú me lo remitiste por encargo suyo (hay que ponerse en todo), Dios se lo pague ú os lo pague también.

¡Vaya un lío el que me has armado, *Lavativa*!

Te participo, para tu satisfacción, que tu artículo ha sido reproducido en una hoja taurina de Madrid, y en un semanario de Sevilla que también se ocupa de toros. Estas son las reproducciones que yo he visto; si ha habido más y no te doy cuenta de ellas, perdóname, pero supongo que no habrá faltado en la Habana persona que te haya enterado minuciosamente del triunfo que alcanzaste con tu escrito.

¡Vaya un lío el que me has armado, *Lavativa*! Yo inocente en paz vivía, sin acordarme y sin que nadie se acordase ya de mi artículo *Un revolucionario*, cuando viniste con tus ocho columnas de folletín (¡descansado te habrá quedado el cuerpo!) á perturbar la paz de mi hogar doméstico,

Vamos por partes. Que tú no estés conforme con mis opiniones acerca de la revolución que Mazzantini pretende haber iniciado en las costumbres de los toreros, en el mero hecho de no vestirse como ellos en la calle, santo y bueno. Yo juzgo las cosas á mi manera, y tú las juzgas á la tuya; ambos ejercemos un derecho indiscutible, y sobre mi juicio y el tuyo, está el del público, que es el que, al fin y á la postre, tiene razón.

Pero que tú salpimentes tus opiniones infringiendo constantemente el octavo mandamiento, esta ya es harina de otro costal; y has de permitirme que rectifique una porción de desatinos que tu artículo contiene.

Pase lo de titularlo *Peña-Goñiadas* y llamar á D. Jerónimo (que es quien firma *Un revolucionario*), con su nombre y apellidos verdaderos. Tú eres un *mono sabio*, y no es posible pedir á un *mono sabio* filitres de conveniencia ni de urbanidad. Me ofreces, en cambio, la ventaja de poder colocarme en tu tesitura, y eso voy á hacer, suplicándote no te enfades por ello. Vamos allá

Comienzas tu artículo del modo siguiente:

«El Director del periódico taurino LA LIDIA de Madrid, que se firma *Don Jerónimo*, y es, en el mundo de las letras conocido por D. Antonio Peña y Goñi, colaborador musical á la vez de *La Ilustración Española y Americana* y autor además de un libro reciente que se titula *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*;—esto parece una cédula de policía.»—

¡Alto, hombre, alto! Si todas las cédulas de policía que das tú son como esa, vas á ir á parar á los profundos infiernos, por impostor.

Quién te ha dicho á tí, *ayuda* literaria, que yo soy colaborador musical de *La Ilustración Española y Americana*? Pero, hombre de Dios, si hace una porción de años que yo no colaboro en ese magnífico periódico!

Y dónde has visto ese libro de reciente publicación, cuya impresión está terminándose en este momento, y no está, por consiguiente, publicado todavía? Pero *chlyosopompe* ultramarino! De qué recónditos senos de tu talento imponderable has sacado tú esa noticia?

¿Serás tú también algún Cumberland malgrado por el estudio?

De modo que, á las primeras de cambio, has llamado al Cangrejo, pez colorado que anda hacia atrás, cuando el Cangrejo, ni es pez, ni es colorado, ni anda hacia atrás. ¡Bien, hombre, bien!

Pero, oye, *enema* antillano. ¡No has tenido ahí quien te dé mejores informes?

Pocas líneas después, dices, que en el artículo *Un revolucionario*, «se apostrofa con lujo inusitado de diatribas personales, al famoso matador de toros Mazzantini.»

¡Lujo inusitado de diatribas personales!

Ni tú sabes lo que es lujo, ni lo que es inusitado, ni lo que son diatribas personales. Y si lo sabes, ¿cómo es que no se te ha ocurrido señalarme siquiera una de esas diatribas personales? Dónde están que no las he visto yo, ni las ha visto ninguna persona imparcial? Te costaba tanto trabajo decir cuáles eran los conceptos que envolvían una ofensa personal para el Sr. D. Luis Mazzantini y Eguía? No basta decir las cosas; hay que razonarlas, hay que probar lo que se dice. Y es extraño que tú, que debes estar acostumbrado por tu calidad de saltarín á acarrear desperdicios de la plaza, no hayas podido decirme dónde estaba una, siquiera una de esas diatribas personales.

Mira, te voy á dar una lección. Yo, que no soy *mono sabio*, sino *mono* muy ignorante (y me califico así para darte gusto y cerrarte la salida) voy á acarrear ahora mismo unos desperdicios tuyos que no tienen ídem, salvo el número. Escucha este párrafo de tu tremendo folletín:

«Muy lejos estamos del teatro donde se atenan y se punzan en estas encarnizadas luchas *frascuelistas*, *lagartijistas* y *mazzantinistas*; donde se ha querido negar al *revolucionario* el agua y el fuego;

donde este matador, *solo y sin padrino, á pulso*, se ha colocado resuelta y decididamente en uno de los primeros puestos, así como *por derecho propio* señor *Don Jerónimo*; muy lejos estamos, repetimos, del público de Madrid y de los toreros que pretende dañinamente indisponer el Sr. Peña y Goñi en contra del Sr. Mazzantini; de ese Madrid que ha adjudicado al *novillero* de quien en otro tiempo el Sr. Peña y Goñi *no quería ocuparse* un lugar envidiable y envidiado; pero esta misma distancia nos hace ser imparciales para poder apreciar el trabajo poco feliz de D. Jerónimo, tal como nosotros entendemos la tesis de indumentaria que sostiene el autor de *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, libro que, dicho sea de paso, es una apasionada defensa á favor de las *salidas por la cara*, cuestión que el Sr. Peña y Goñi ha defendido á capa y espada.»

¡Bendito sea Dios, y qué modo de desbarrar! Tú si que sales aquí por la cola, pero como salía Montes cuando mandaba á Capita colocarse en el rabol! Te lo voy á demostrar.

1.º Dices que se ha querido negar el agua y el fuego al revolucionario. ¿Dónde, cómo y cuándo? Esto no lo dices, porque tú eres de los que afirman ó niegan, sin meterte en demostrar tus afirmaciones ó tus negaciones. Dices que sí ó que no, y sigues adelante tan templado.

Pero, ven acá, *jeringa* literario-taurina; si Mazzantini ha llegado *solo, sin padrino y á pulso á colocarse resuelta y decididamente en uno de los primeros puestos, así como por derecho propio*, ¿cómo es que le han negado el agua y el fuego?

¿No comprendes, *Lavativa*, que eso no puede ser? Verdad es que confiesas que estás muy lejos para ver esas cosas. ¡Y tan lejos! En Babilonia es donde estás tú, y no en otra parte.

2.º Dices que el Sr. Peña y Goñi *no quería ocuparse* de Mazzantini cuando éste era *novillero*. Mira, *Lavativa*, no hay quien pueda contigo. Yo me he ocupado de toros y toreros en *El Imparcial*, *El Globo*, *La Europa* y *LA LIDIA*.

Cuando escribí en los tres primeros periódicos, Mazzantini, ó no existía, ó era empleado de ferrocarriles; no pude, por tanto, ocuparme de él para nada. La primera vez que yo ví torear á D. Luis, fué cuando tomó en Madrid la alternativa; en LA LIDIA puedes leer el merecido bombo que le dí. Antes de ese acontecimiento, ni yo ví jamás á Mazzantini, ni me he ocupado jamás de novillos y novilleros, ni tenía siquiera noticia de que hubiera un novillero llamado Luis Mazzantini, ni entonces escribía yo de toros en ningún periódico. ¿Cómo, pues, te atreves á afirmar que *yo no quería ocuparme* de Mazzantini, cuando el hoy famoso matador de toros era *novillero*? Sí que lo has podido afirmar, y de una manera muy sencilla, como tú lo afirmas todo, por lo visto; faltando al octavo mandamiento!

3.º Dices que yo sostengo una tesis de indumentaria. De indumentaria? Pero, *Lavativa*; ¿sabes tú lo que es indumentaria? Conque los trajes que hoy usan los toreros son cuestiones de indumentaria? El frac y el sombrero de copa modernos y la faja, la chaquetilla y el pavoro pertenecen á la indumentaria? Tú si que eres un indumentario de marca mayor! La indumentaria es el estudio de los trajes antiguos; de modo que has vuelto á decir que el cangrejo es un pez colorado que anda hacia atrás. Eres de oro, *Lavativa*; palabra de honor que eres de oro!

4.º Me vuelves á llamar autor de *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, y dices que el libro es una apasionada defensa á favor de las *salidas por la cara*. ¡Y dále con *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*! Pero empecatado *clister* de *La Lucha*, ¿dónde has leído tú ese libro que no se ha publicado todavía? Dónde has visto tú esa obra que no ha visto nadie? Vamos, haz el favor de decírmelo. ¿Dónde la has visto? Y si no la has visto, porque no ha podido verla ni tú ni ningún otro, ¿qué sabes tú de lo que contiene, ni quién te mete á hablar de lo que no existe? Que te digo que eres de oro, *Lavativa*!

Y ahí tienes á lo que quedan reducidas las ocho columnas de tu folletín. Porque lo mismo que he hecho con ese párrafo, podría hacer con los demás. ¡Qué *Lavativa* de mis pecados! Parece que te has escapado de una célebre comedia de Moliere.

Pues ahí es nada cuando rebates mi opinión de que el traje corto de los toreros, da una idea anticipada de las corridas, sazónándolo con esta puntica de sátira:

«Señor *Don Jerónimo*, por Dios! Sea V. todo lo *frascuelista* que quiera; pero eso que V. indica reforcando su tesis, es pedir que Gayarre, por ejemplo, use por la calle, trajes que *den idea anticipada del espectáculo* donde brilla como insigne cantante.»

¡De primera! ¿Quieres decirme quiénes son los

personajes que interpretan Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini cuando torea? De modo que el toreo es un arte de interpretación? Bien, hombre! Mira tú que Rafael, Salvador y Don Luis, haciendo de Edgardo, de Vasco de Gama y de Nemorino, estarían superiores! No lo puedo remediar; tengo que decirte por tercera vez que eres de oro, *Lavativa!*

Y ahora te dejó para entregarte al brazo secular de *Tiberio*. ¿Sabes quién es *Tiberio*? No vayas á buscarlo en Suetonio, porque tú, que eres tan dado á *indumentarias*, serías capaz de cualquier cosa. *Tiberio* es un escritor español que ha salido á tu encuentro en el periódico taurino de Madrid, *El Enano*, *Boletín de Loterías y de Toros*. Y has de saber, para que te asombres (si es que á tí te asombra algo), que *Tiberio* me defiende en el único periódico que ha tenido la galantería, nunca bastante agradecida, de salir á mi defensa. Esta noticia no te asombrará, pero sí te asombrará cuando sepas que *El Enano* es el semanario taurino que con más virulencia y saña ha atacado siempre á *Don Jerónimo*. Figúrate tú si la causa que he defendido será justa, cuando ha venido á hacerla suya el más encarnizado de mis enemigos.

Y ahora escucha algunos párrafos de *Tiberio* para que te regodees un rato, y vayas aprendiendo á tener lógica y *cubitanca*, que no las conoces, ni por el forro.

Allá va un párrafo:

«Y con esto llegamos á la más trascendental de las innovaciones que el *Mono sabio* atribuye á Mazzantini:

«Los toreros, en todo tiempo, han permitido que los públicos los ofendan y los insulten, tirándoles, además, botellas y naranjas. Han sancionado con su silencio la ofensa personal la material agresión. Si el torero que por primera vez un día en una plaza reparó el insulto proferido y castigó la agresión de que fue objeto, no se hubiese entronizado en los ruedos ese aspecto antipático del espectáculo, que consiste en que el espectador, por cierta cantidad de dinero, se cree con derechos *inalienables* para herir la dignidad y el honor, no profesional, si personal, del toreo, con frases sucias y cobardes acometimientos. ¿No vendrá Sr. Peña y Goñi, el Sr. Mazzantini con su *revolución* á realizar esta reforma de las *costumbres toreras* y á quitarle este carácter á la fiesta nacional? Esta es la *revolución*, Sr. D. Jerónimo.»

Esta *revolución* es de cuenta exclusiva del articulista antillano, porque á ella no aludió el espada en su brindis. Desde *nueve* tras columnas, hemos protestado muchas veces, y precisamente en la primera temporada del año último, á propósito de Mazzantini, contra ciertas manifestaciones que á veces se ha permitido el público en la plaza, impropias de la cultura y de la consideración que á sí mismo y al diestro le debe. Pero del mismo modo protestaríamos contra cualquier diestro que no tuviera hacia el público toda clase de respetos, porque el que viste la taleguilla, sabe que va á ometirse al fallo del público, que juzga su trabajo, según se lo dicta su criterio.

En este punto, ni desgraciadamente han desaparecido ciertos excesos, ni tampoco digámoslo muy alto en honor de Mazzantini! este diestro ha hecho manifestaciones de ningún género contra el público, cuyas decisiones ha acatado siempre con una modestia que le enaltece.

¿Qué queda, pues, de la *revolución* de Mazzantini? Nada..

¿Te has enterado, *Lavativa*? Dice *Tiberio* que de la *revolución* de Mazzantini no queda nada, que es precisamente lo que yo trataba de demostrar en el artículo *Un revolucionario*.

Pero esto es una *bicoca* comparado con lo que ahora se te viene encima. Prepárate, *Lavativa*, que no te va á llegar ni la unción! Allá va *Tiberio*, que es como si te dijeran ¡allá va el ciclón! Lee estos recortes tan breves como sustanciosos. Son las conclusiones que saca *Tiberio* de sus argumentos, y siento en el alma que el temor de abusar del espacio, me prive de darte á conocer íntegro los artículos de *El Enano*.

Dice *Tiberio*:

Como observará el lector, los argumentos del *Mono sabio* están sobrados de parcialidad, pero también faltos de contundencia..

Y lo peor del caso es que el periodista cubano, en su deseo de elevar á Mazzantini, lo que hace precisamente, es rebajarlo..

Vea el *Mono sabio* cómo sus palabras se vuelven precisamente en contra de aquello que quiere ensalzar, y que no hay peor enemigo que el amigo oficioso.

Déjese el *Mono sabio* de escribir ditirambos en vindicación del aplaudido matador y déle consejos semejantes á los nuestros, con los cuales podrá ganar mucho provecho para su bolsillo y mucha honra, ocupando un distinguido lugar en la historia de la tauromaquia.

Entonces será un verdadero revolucionario como dice D. Jerónimo, porque aunque no invente, como Costillares una suerte del toreo, será el regenerador de la más preciada de todas ellas, y que hoy casi ha pasado á la Historia..

¿Te has enterado, *Lavativa*? Anda; contesta á *Tiberio*, que no te ha armado mal ídem, y mira á ver si encuentras por ahí alguna *indumentaria* que te ayude á bien morir.

Te participo que *Tiberio* dedicó al asunto dos artículos que se publicaron en los números de *El Enano* correspondientes á los días 10 y 17 de Enero de este año; que puso á dichos artículos el mismo título que tú pusiste al tuyo, y que en ellos me llama «caballero andante del frascuelismo,» frascuelista *porque sí*, y dice que en *Un revolucionario* se dirigen *diatribas personales* á Mazzantini. Lo de caballero andante del frascuelismo, no es verdad, y lo siento; lo de frascuelista *porque sí*, es inexacto y casa muy mal con lo de caballero andante, y lo de que he dirigido en mi artículo *diatribas personales* á Mazzantini, inexactísimo. Todavía estoy esperando que me señalen una!

Muchas más cosas te dice *Tiberio* que podría yo transcribir con fruición, pero no quiero ser cruel. Mi papel se ha reducido á rectificar las atrocidades que han brotado de tu pluma en aquello que se refería á mi entidad de escritor; lo demás se lo he dejado á *Tiberio*, á quien doy gracias por su eficaz cuanto inesperada defensa.

Y ahora voy á terminar dándote una noticia. Un periódico de México, titulado *La Sombra de Pepe Hillo*, ha reproducido en su número del 30 de Enero un artículo mío publicado en LA LIDIA con el título *Los aficionados de Villamelón*, añadiendo á la colección de esos aficionados que yo ofrecí al público, otra colección de propia cosecha. Y en el número del citado periódico mexicano, correspondiente al 6 de Febrero, se reproduce también mi artículo *Un revolucionario*, con la sola diferencia de que *La Sombra de Pepe Hillo* ha quitado el título *Un revolucionario*, y ha puesto sencillamente, en su lugar, *Luis Mazzantini*, llegando la amabilidad del periódico de México, al extremo de poner como comentario á mi artículo, las siguientes palabras textuales:

«¿Cómo se conoce que D. Jerónimo no es aficionado de Villamelón!..»

Y como has pretendido ponerme de vuelta y media, resulta que el Villamelonazo eres tú, en opinión de *La Sombra de Pepe Hillo*. También *Tiberio* te adjudica implícitamente ese hermoso título; y yo te lo confirmo *per omnia secula seculorum!*

Y con esto, no te canso más, perturbador y travieso *Lavativa*; perdóname si he sido demasiado extenso, no echas á mala parte el tono *monosabieco* que he dado á esta mi contestación, con el objeto de colocar mi estilo al nivel del tuyo, y que Dios te guarde y el pecado sea sordo, como lo me reces y lo desea

D. JERÓNIMO.

## ¡VIVA CÓRDOBA!

¡Ya ha llegado Rafael!  
¡Viva Córdoba!, repito.  
Este va á ser ahora el grito que se oiga en el redondel.

Rafael es un torero de mérito extraordinario; y no afirmo lo contrario porque no soy embustero.

Torea que es un primor; hierre á las mil maravillas, y poniendo banderillas, no tiene competidor;

pero, nada, no concibo esa estúpida manía de aumentar la gritería con un *Viva* intempestivo.

¿Que el diestro es inteligente? Bien... ¿pero á qué esa bobada que aquí no conduce á nada, á nada absolutamente?

Y no es eso lo peor muchas veces, ¿qué ha de ser? sino que suelen hacer una plancha... superior,

y lo voy á demostrar, porque ya llegó la hora, con hechos que nadie ignora si los quieren recordar.

Sale un chico cordobés (que también los hay muy malos), y al ir á clavar los palos va derechito á la res.

Hace un cuarteo gracioso, y nunca falta un atún que se desenlga con un ¡Viva Córdoba! espantoso..

¡y en efecto... el par aquel lo puso el chico tan mal, que resultó desigual, de una manera cruel!

Repito que esa manía de gritar sin ton ni són, es una exageración que aumenta de día en día;

y esta costumbre flamenca de tal modo ha progresado, que el día menos pensado se gritará:—¡Viva Cuencal!

¿Hay motivo ó hay razón para poder alegar?  
¿Por qué no se ha de gritar... ¿qué diré?—¡Viva... Chinchón!

Déjense de vocerías; déjense de estupideces, y no griten tantas veces semejantes tonterías;

y por eso opino yo que en vez de esos desatinos gritemos con «Los Sobrinos» ¡Viva... Chile! ¡Y cómo no!

¡Y cómo no!

FÍCRO YRÁYZOZ.

## ÚLTIMA HORA.

No sabemos con qué objeto se propaló ayer por Madrid la noticia de que había un lance personal pendiente entre nuestro director D. Antonio Peña y Goñi y el Sr. D. Luis Mazzantini y Eguía. Desmentimos en absoluto este rumor del cual consideraciones de delicadeza nos impiden ocuparnos con más detalles.

## LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

AÑO VI.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN:

Madrid: trimestre... Ptas. 2'50  
Provincias » » » » 3  
Ultramar y extranjero: año » » 20

Colecciones completas del 1.º año. Pts. 25  
Idem id. 2.º, 3.º, 4.º y 5.º á » 15

Tapas para su encuadernación, ya sea en tela encarnada con letra oro y planchas en negro ó en colores, con atributos. » » » » 4

Descuentos á nuestros corresponsales.



EL PASEO DE LAS CUADRILLAS.